

LA CHICA EN LA NIEBLA

LOS IMPERDIBLES

OTROS LIBROS DE DONATO CARRISI
EN DUOMO:

El cazador de la oscuridad

**DONATO
CARRISI**

LA CHICA EN LA NIEBLA

Traducción de Maribel Campmany



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2017

Título original: *La ragazza nella nebbia*

© 2015, Donato Carrisi

© 2017, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2017, de la traducción: Maribel Campmany

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2017

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20, 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-16634583

CÓDIGO IBIC: FA

DL B-8851-2017

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)
Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Antonio.
Mi hijo, mi todo.

23 de febrero

Sesenta y dos días después de la desaparición

La noche en que todo cambió para siempre empezó con el timbre de un teléfono.

La llamada se recibió a las diez y veinte. Era un lunes por la noche, fuera había ocho grados bajo cero y una niebla helada lo engullía todo. A esa hora, Flores se encontraba al calor del lecho al lado de su mujer, disfrutando de una vieja película de gánsteres en blanco y negro en la televisión. En realidad, Sophia llevaba ya un rato durmiendo y la llamada no pareció turbar su sueño. Ni siquiera se dio cuenta de que su marido se levantaba y se vestía.

Flores se puso un pantalón forrado, un jersey de cuello alto y el chaquetón grueso para afrontar la maldita neblina que parecía haber borrado la creación, y se apresuró a llegar al pequeño hospital de Avechot donde, desde hacía ya cuarenta de sus sesenta y dos años, desempeñaba la profesión de psiquiatra. En todo ese tiempo pocas veces había ocurrido que alguien lo sacara de la cama por una urgencia, y menos aún la policía. En el pueblo de los Alpes donde había nacido y siempre

había vivido, a partir de que se ponía el sol no sucedía casi nada. Era como si en esas latitudes los criminales prefirieran llevar una vida moderada, que prescribía recogerse sistemáticamente en casa cada noche. Por eso Flores se preguntaba el motivo por el que era necesaria su presencia a esa hora insólita.

La única información que la policía le había proporcionado por teléfono se refería a la detención de un hombre después de un accidente de tráfico. Nada más.

Por la tarde había dejado de nevar, pero esa noche el frío había ido en aumento. Flores salió de casa y fue acogido por un silencio innatural. Todo estaba quieto, inmóvil. Incluso el tiempo parecía haberse detenido. El psiquiatra sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura exterior, sino que le llegaba desde dentro. Puso en marcha el viejo Citroën y esperó unos segundos a que el motor diésel se calentara un poco antes de ponerse en camino. Necesitaba su sonido para romper la monotonía de esa paz amenazadora.

El asfalto estaba helado, pero fue sobre todo la niebla lo que lo obligó a circular a menos de veinte kilómetros por hora, conduciendo con ambas manos firmemente aferradas al volante, la espalda inclinada hacia delante y el rostro a pocos centímetros del parabrisas para intentar distinguir mejor los márgenes de la carretera. Por suerte se conocía tan bien el camino que su mente era capaz de anticiparse a los ojos sugiriéndoles hacia dónde ir.

Al llegar a la altura del desvío, eligió la dirección que llevaba al centro de la población y fue entonces cuando

se fijó en algo en el manto lechoso. Avanzó y tuvo la sensación de que todo se ralentizaba, como en un sueño. De las profundidades del manto blanquecino aparecieron unos destellos brillantes, intermitentes. Parecía que fueran a su encuentro; en cambio, era él quien se dirigía hacia ellos. Una figura humana emergió de la niebla. Hacía extraños y amplios gestos con los brazos. A medida que se acercaba, Flores se dio cuenta de que se trataba de un policía que estaba allí con el fin de advertir a los coches que pasaban que prestaran atención. El psiquiatra pasó por su lado y ambos se saludaron fugazmente. A la espalda del agente, los destellos brillantes se convirtieron en los intermitentes de un coche patrulla y, principalmente, en las luces posteriores de un sedán oscuro que había ido a parar a una acequia, fuera de la carretera.

Poco después, Flores entró en el pueblo. Estaba desierto.

Las farolas amarillentas del alumbrado público parecían espejismos en medio de la bruma. Atravesó todo el centro habitado hasta llegar a su destino.

En el pequeño hospital de Avechot se respiraba una extraña ebullición. En cuanto Flores cruzó el umbral fueron a su encuentro un teniente de la policía local y Rebecca Mayer, una joven fiscal muy bien considerada en los últimos tiempos. Parecía preocupada. Mientras el psiquiatra se quitaba el grueso chaquetón, ella lo puso al corriente de la identidad del inesperado huésped de esa noche.

–Vogel –fue lo único que dijo.

Al oír pronunciar el nombre, Flores comprendió el porqué de tanta inquietud. Era la noche en que todo cam-

bió para siempre, pero en ese momento él aún no lo sabía. Por eso no acababa de entender cuál era su papel en ese asunto.

–¿Qué tengo que hacer exactamente? –preguntó.

–Los médicos de urgencias dicen que está bien. Pero parece confuso, tal vez a causa de la conmoción por el accidente.

–Pero usted no está segura, ¿no es así? –Flores había dado en el clavo; de hecho, Mayer no respondió—. ¿Está catatónico?

–No, interactúa cuando se lo estimula. Pero tiene cambios bruscos de humor.

–Y no recuerda nada de lo sucedido –dijo Flores, terminando él mismo la historia clínica.

–Recuerda el accidente. Pero a nosotros nos interesa el antes: es necesario que sepamos lo que ha ocurrido esta noche.

–Así pues, según usted, está fingiendo –concluyó el psiquiatra.

–Me temo que sí. Y aquí es donde usted entra en juego, doctor.

–¿Qué se espera de mí, señora fiscal?

–No hay elementos suficientes para incriminarlo y él lo sabe, por eso usted debe decirme si es mentalmente competente.

–Y si así fuera, ¿qué le ocurrirá?

–Podré formular una acusación y proceder a un interrogatorio formal sin el temor de que algún abogado lo impugne en el juicio sirviéndose de un estúpido tecnicismo.

–Pero... Vosotros me habéis dicho que el accidente

no ha causado víctimas, ¿no? Entonces, disculpe, pero ¿por qué debería incriminarlo?

Mayer se quedó callada un momento.

—Lo entenderá cuando lo tenga delante.

Lo hicieron pasar a su consulta. Al abrir la puerta, Flores vislumbró en seguida la figura del hombre sentado en uno de los asientos situados frente al escritorio lleno de papeles. Llevaba un abrigo oscuro de cachemir y tenía la espalda encorvada, ni siquiera pareció darse cuenta de que había entrado alguien.

Flores colgó el chaquetón en el perchero y se masajeó las manos todavía ateridas por el frío.

—Buenas noches —dijo, dirigiéndose hacia el radiador para cerciorarse de que estuviera encendido. En realidad, era sólo un pretexto para situarse frente al hombre y comprobar en qué condiciones estaba y, más que nada, para comprender el sentido de las palabras de Mayer.

Bajo el abrigo, Vogel vestía de manera elegante: traje gris oscuro, corbata de seda azul pálido con pequeños motivos florales, un pañuelo amarillo en el bolsillito de la americana, camisa blanca y gemelos de oro rosa de forma ovalada. Sólo que ofrecía un aspecto deslucido, como si hiciera semanas que llevara puesta esa ropa.

Vogel levantó un instante los ojos hacia él, sin responder al saludo. Luego la mirada volvió a posarse en las manos abandonadas sobre el regazo.

El psiquiatra se preguntó sobre la extraña broma de la suerte que había decidido ponerlos el uno frente al otro.

–¿Hace mucho que está aquí? –empezó a decir.

–¿Y usted?

Flores se rio de su salida, pero el otro permaneció serio.

–Más o menos cuarenta años –contestó. Con el tiempo, la habitación se había ido ornamentando con objetos y muebles, hasta quedar repleta de ellos. El psiquiatra era consciente de que a un observador externo el conjunto podía parecerle cacofónico—. ¿Ve ese viejo diván? Lo heredé de mi antecesor, mientras que el escritorio lo escogí personalmente.

Sobre la mesa había fotografías enmarcadas de su familia. Vogel cogió una y la observó sosteniéndola entre las manos. Se veía a Flores rodeado de su numerosa descendencia un día de verano mientras hacían una barbacoa en el jardín.

–Bonita familia –comentó con un vago interés.

–Tres hijos y once nietos. –Flores le tenía mucho cariño a esa imagen.

Vogel volvió a poner el marco en su sitio y empezó a mirar a su alrededor. En las paredes, además del título, los reconocimientos recibidos y los dibujos que le regalaban sus nietos, estaban los trofeos de los que el psiquiatra se sentía más orgulloso.

Practicaba la pesca deportiva y tenía numerosos ejemplares de peces disecados en la consulta, expuestos de manera ostensible.

–Cuando puedo, lo dejo todo y me voy a un lago o a un arroyo en la montaña. –Dijo Flores—. Así me siento en paz con el creador.

–En una esquina había un armario con cañas y una

caja que contenía anzuelos, cebos, sedales y todo lo necesario. Con el tiempo, la habitación había acabado por no parecerse en absoluto a la consulta de un psiquiatra. Se había convertido en su refugio, un lugar sólo para él, y le apenaba pensar que al cabo de unos meses se jubilaría y tendría que vaciarlo y llevarse todas sus cosas.

Entre las muchas historias que esas paredes podían contar, ahora se añadía la de una visita imprevista una noche de invierno a horas intempestivas.

—Todavía no puedo creer que esté usted aquí —reconoció el psiquiatra un poco avergonzado—. Mi mujer y yo lo hemos visto muchísimas veces en la tele. Es usted una celebridad.

El hombre simplemente asintió. Parecía encontrarse realmente en un estado de confusión, o tal vez fuera un excelente actor.

—¿Está seguro de que se encuentra bien?

—Estoy bien —confirmó Vogel con un hilo de voz.

Flores se apartó del radiador y se situó detrás del escritorio, en el sillón que con los años había asimilado sus formas.

—Ha tenido suerte, ¿lo sabe? Antes he pasado junto al lugar del accidente: se ha salido de la carretera por el lado adecuado. Hay una acequia bastante profunda, pero al otro lado hay un barranco.

—La niebla —dijo el huésped.

—Ya —convino Flores—. Niebla helada, no se ve a menudo. He tardado veinte minutos en llegar, cuando normalmente en coche, desde mi casa, empleo apenas diez. —A continuación colocó ambos codos en los apoyabrazos del sillón y se dejó caer sobre el respaldo—. Todavía

no nos hemos presentado: soy el doctor Auguste Flores. Dígame, ¿cómo debo llamarlo? ¿Agente especial o señor Vogel?

El hombre pareció pensarlo fugazmente.

–Elija usted.

–Yo creo que un policía nunca pierde su graduación, incluso cuando deja de dedicarse a su profesión. Por eso, para mí, usted sigue siendo el agente especial Vogel.

–Si lo prefiere así...

En la mente de Flores se concentraban decenas de preguntas, pero sabía que tenía que elegir las adecuadas para empezar.

–Francamente, no me esperaba verlo de nuevo por estas tierras, creía que hacía tiempo que había regresado a la ciudad después de lo sucedido. ¿Por qué ha vuelto?

El agente especial Vogel se pasó lentamente las manos por los pantalones, como si quisiera quitar una mota de polvo inexistente.

–No lo sé...

No añadió más y Flores se limitó a asentir.

–Entiendo. ¿Ha venido solo?

–Sí –contestó Vogel, y por su expresión se intuía que no entendía bien el sentido de la pregunta–. Estoy solo –confirmó.

–¿Su presencia aquí tiene algo que ver tal vez con la historia de la chica desaparecida? –aventuró Flores–. Porque me parece recordar que usted ya no tiene ninguna autoridad sobre el caso.

La frase pareció despertar algo en el hombre que, sacudido por lo que a Flores le pareció un arrebató de orgullo, rebatió molesto:

–¿Se puede saber por qué me retienen? ¿Qué quiere de mí la policía? ¿Por qué no puedo marcharme?

Flores intentó recurrir a toda su proverbial paciencia.

–Agente especial Vogel, esta noche ha tenido usted un accidente.

–Eso ya lo sé –contestó el otro, furioso.

–Y viajaba solo, ¿es exacto?

–Se lo acabo de decir.

Entre tanto, Flores abrió un cajón del escritorio, cogió un pequeño espejo y lo situó delante de Vogel, que pareció no hacerle caso.

–Y no ha tenido consecuencias. Está ileso.

–Estoy bien, ¿cuántas veces quiere que lo repita?

El psiquiatra se inclinó hacia él.

–Entonces explíqueme una cosa... Si usted está indemne, ¿a quién pertenece la sangre que hay en su ropa?

Vogel, de repente, no supo qué decir. La rabia se evaporó y sus ojos se posaron en el espejo que Flores le había puesto delante.

Sólo así las vio.

Pequeñas manchas rojas en los puños de la camisa blanca. Un par más grandes en el estómago. Algunas más oscuras se confundían con el color del traje y del abrigo, pero por la consistencia más espesa se intuían los cercos. Y fue como si el agente especial las viera por primera vez. Aunque una parte de él ya sabía que estaban allí, Flores lo captó en seguida. Porque Vogel tampoco se sorprendió demasiado, ni se apresuró a negar que supiera el motivo de su presencia.

En sus ojos apareció una luz nueva y su estado de confusión empezó a despejarse como ocurre con la nie-

bla. Mientras tanto, la que se cernía sobre el mundo, al otro lado de la ventana de la consulta, seguía igual.

La noche en que todo cambió para siempre había empezado hacía muy poco. Vogel miró a Flores directamente a las pupilas, repentinamente lúcido.

–Tiene razón –dijo–. Creo que debo darle una explicación.

25 de diciembre

Dos días después de la desaparición

Los bosques de abetos descendían por las laderas de las montañas como un ejército ordenado que se disponía a invadir el valle. El valle era largo y estrecho como una antigua cicatriz y por el centro discurría un río. El río era de un verde intenso, a veces plácido; otras, iracundo.

Avechot estaba justo allí, en medio de todo el escenario.

Un pueblo alpino, a pocos kilómetros de la frontera. Casas con tejados inclinados, la iglesia con el campanario, el ayuntamiento, la comisaría de policía, un pequeño hospital. Un recinto escolar, algún bar y la pista de hielo.

Los bosques, el valle, el río, el pueblo. Y una monstruosa planta de extracción de minerales como si se tratara de un ultraje futurista al pasado y a la naturaleza de esos lugares.

Había una cafetería algo apartada del centro urbano, en la nacional.

Por la cristalera se veía la carretera y el surtidor de gasolina. Destacaba un cartel luminoso que deseaba «Feli-

ces Fiestas» a los automovilistas que pasaban. Desde el interior del local, sin embargo, las letras estaban al revés y resultaba una especie de jeroglífico incomprensible.

En el restaurante, una treintena de mesas de fórmica azul, algunas escondidas en reservados pegados a las paredes. Estaban todas puestas, pero había sólo una ocupada. La más centrada.

El agente especial Vogel estaba solo, tomando un desayuno de huevos y beicon ahumado. Llevaba un traje gris plomizo, con un chaleco verde musgo y una corbata azul oscuro, y no se había quitado el abrigo de cachemir ni siquiera para comer. Mantenía la espalda erguida y la mirada fija en una libretita negra en la que tomaba apuntes con una elegante estilográfica de plata que a veces dejaba sobre la mesa para coger un bocado con el tenedor. Alternaba los gestos a intervalos precisos, respetando diligentemente una especie de ritmo interior.

El anciano dueño llevaba un delantal manchado de grasa encima de una camisa de leñador de cuadros rojos y negros con las mangas remangadas hasta los codos. Dejó la barra para acercarse con una jarra de café recién hecho.

—Fíjese en que hoy ni siquiera quería abrir. Me he dicho: ¿quién quieres que venga aquí la mañana de Navidad? En cambio, hasta hace unos años, estaba lleno de turistas, familias con niños... Pero desde que encontraron esa mierda fluorescente todo cambió. —El hombre pronunció la frase como si añorara una época feliz y lejana que ya nunca volvería.

Hasta hacía unos pocos años, la vida transcurría placidamente en Avechot. La gente vivía del turismo y de la artesanía a pequeña escala. Pero un día, alguien llegado

de fuera predijo que bajo las montañas podía esconderse un considerable yacimiento de fluorita.

Efectivamente, consideró Vogel. El viejo tenía razón: desde entonces todo había cambiado. Llegó una multinacional y compró las concesiones de los terrenos que estaban sobre el yacimiento pagando generosamente a los diversos propietarios. Muchos se hicieron ricos de la noche a la mañana. Y quien no tuvo la suerte de poseer una de las parcelas, se empobreció de golpe porque los turistas desaparecieron.

—A lo mejor tendría que decidirme a vender este sitio y retirarme —siguió diciendo el hombre. Luego, sacudiendo la cabeza contrariado, vertió el café en la taza de Vogel, si bien éste no se lo había pedido—. Cuando lo he visto entrar he pensado que era uno de esos vendedores que de vez en cuando intentan colocarme sus artículos de pacotilla. Luego he caído en la cuenta... Está aquí por la niña, ¿verdad? —Con un gesto casi imperceptible de la cabeza señaló la octavilla colgada en la pared, al lado de la puerta.

Se veía impresa la foto sonriente de una adolescente pelirroja y con pecas. Un nombre, Anna Lou. Y una pregunta: «¿Me has visto?», seguida de un número de teléfono y algunas líneas de texto.

Vogel se fijó en que el viejo intentaba echar una mirada a su libretita negra, de modo que la cerró. Luego dejó el tenedor en el plato.

—¿La conoce?

—Conozco a la familia. Son buena gente. —El hombre se acercó una de las sillas de la mesa y se sentó frente al policía—. Según usted, ¿qué le ha pasado?

Vogel se llevó la mano a la barbilla. ¿Cuántas veces le habían hecho esa pregunta? Siempre era la misma historia. Parecían sinceramente preocupados, o se esforzaban por parecerlo, pero al final sólo se trataba de curiosidad. Morbosa, interesada, despiadada curiosidad.

–Veinticuatro –dijo. El hombre del restaurante no pareció comprender el sentido de la respuesta, pero Vogel se anticipó a una posible petición de que lo aclarara–. Veinticuatro horas son las que, de media, los adolescentes que se escapan de casa resisten con el móvil apagado. Luego necesitan llamar a un amigo o entrar en Internet para ver si están hablando de ellos, así se los localiza. De un modo u otro, la mayoría regresa después de cuarenta y ocho horas... Por eso, si no se da con sorpresas desagradables y no se produce ningún accidente, puede decirse que hasta los dos días después de la desaparición existe una posibilidad real de que al final las cosas acaben bien.

El hombre, por un momento, pareció desconcertado.

–¿Y después qué sucede?

–Después, generalmente, me llaman a mí.

El agente especial se levantó, metió una mano en el bolsillo y dejó caer un billete de veinte sobre la mesa para pagar el desayuno. A continuación, se alejó hacia la salida, pero antes de cruzar el umbral se volvió de nuevo hacia el dueño del restaurante.

–Hágame caso: no venda este lugar. Dentro de poco volverá a estar lleno de gente.

Fuera, el día era frío, pero el cielo estaba despejado y un brillante sol invernal lo iluminaba todo. De vez en